



RESERVISTAS

A.U.M.R.F.A.E.- RR. TT.
Organización de Reservistas de las
Fuerzas Armadas de España

Año 5 Número XVII 2024



RESERVISTAS

Revista digital de la Asociación Unidad Militar
de Reservistas de las Fuerzas Armadas de España
- RR. TT. (A.U.M.R.F.A.E.-RR.TT.)

Consejo de Redacción:

Consejo Directivo Nacional (CDN)

Delegación de Andalucía Occidental

Director:

José Manuel Merello, Inspector 1º

Dirección electrónica:

revista@reservistas-fuerzasarmadas.es

ÍNDICE

Pág. 3

Contraalmirante Mateo García de los Reyes

Pág. 10

Los Tercios XIII. Hechos notables I

Pág. 21

Soldados de los Tercios I

Pág. 27

Noticias FF.AA.

Pág. 30

Noticias AUMRFAE-RR.TT.

NOTA DE LA REDACCIÓN

Esta revista digital presenta en su contenido aportaciones voluntarias de miembros de nuestra Organización de Reservistas, las cuales son de agradecer. Se pueden observar las riquezas aportadas por los mismos, al tiempo que también se deduce la dedicación y la necesaria entrega por parte de los miembros participantes para obtener los resultados que se publican.



Portada: Su Alteza Real la Princesa de Asturias. Día de las Fuerzas Armadas.
Madrid 2023.

Contraalmirante Mateo García de los Reyes

Por Fernando Vázquez Brea
Inspector 2º



Mateo García de los Reyes en la cubierta de un submarino de la clase C (*La Opinión de Murcia*).

Presentación

Espero me perdonen que me aparte ligeramente del espíritu de esta sección habitualmente dedicada a los Ingenieros Militares. Lo hago por varios motivos. El primero porque en España tenemos déficit de atención a nuestros grandes hombres, teniendo sobradas razones para tomarlos como modelo y cantar sus méritos y cualidades, sus proezas y sus sacrificios. En segundo lugar porque, no siendo ingeniero militar, aunaba en su persona ambas profesiones: la de militar, primero, y la de ingeniero industrial, después. Y finalmente porque fue el gran impulsor del arma submarina.

Dejemos de hablar de mis razones y centrémonos en nuestro protagonista.

El homenaje de la Armada a los promotores del arma submarina

El Ministerio de Defensa ha encargado a la empresa Navantia la construcción de cuatro submarinos de la clase S-80. A cada uno de ellos, la Armada lo ha bautizado con el nombre de uno de los impulsores de los submarinos.

La nueva hornada de submarinos de la Armada española clase S-80 ya tiene nombre y apellidos. Se prevé que la clase completa esté entregada a finales de 2028. Pues bien, el último submarino previsto, el S-84, será bautizado *Mateo García de los Reyes*, nuestro protagonista.

Sus primeros años

Nace Mateo el 5 de Febrero (no se confundan con la fecha de bautizo que fue el 10 de marzo) de 1872, en Montevideo (Uruguay). Era hijo del capitán de navío de 1ª clase D. Mateo García Anguiano y de Dª Manuela de los Reyes del Villar. Su padre estaba al mando de la fragata *Almansa* que formaba parte del Apostadero, base naval que España mantenía para poder acudir rápidamente a Chile o a Perú, si surgía algún conflicto. Incluso llegó a ser comandante interino de dicha base.

En noviembre de 1879, S.M. Alfonso XII regresaba al trono y casaba con Dª María Cristina de Habsburgo. Al mes siguiente, el padre de nuestro protagonista es designado Ayudante de Campo de S.M. teniendo que trasladarse a Madrid, albergándose la familia en Palacio.

Permanecería poco tiempo en Madrid ya que, en 1881, ascendido a brigadier, su padre fue trasladado a Puerto Rico. Fallecido su padre de tuberculosis en 1882, retornaron a la Villa y Corte, decidiendo por sí mismo su ingreso en la Armada, para aliviar la situación económica de su madre y sus hermanas. Contaba catorce años. Necesitó la autorización materna, por su poca edad, y el conocimiento del Rey. El 5 de Enero de 1886, superadas las pruebas, se le otorgó carta de acceso como aspirante a la Escuela Naval Flotante¹.

Su Hoja de Servicios

- En 1888 ingresa en la Armada como guardiamarina.
- El 7 de Diciembre de 1891 recibe el despacho de alférez de navío.

¹ Se trata de la fragata *Princesa de Asturias*, que tras la revolución de 1868 le apearon el el tratamiento, dejándolo en Asturias, y que estaba fondeada en el Arsenal de Ferrol.

- En junio de 1892 embarca en el buque escuela *Nautilus* al mando del capitán de fragata D. Fernando Villaamil. La oficialidad estaba formada por el teniente de navío de 1ª clase D. Joaquín Barriere, el teniente de navío D. Claudio Alvargonzález y los alféreces de navío D. José Núñez Quijano, D. Manuel Somoza Hartley, el propio D. Mateo García de los Reyes, D. José Miranda Cadrilo, D. Alvaro Guitián Delgado, D. Salvador Guinea Alzate, D. José María González Vázquez y D. Joaquín Coello y Pardo; a los que había que añadir la dotación marinera y, por supuesto, los 31 alumnos guardiamarinas. La singladura terminó con la arribada al puerto de San Sebastián el 16 de Julio de 1894, donde se encontraba la reina Regente con el rey, quienes subieron a bordo para visitar la fragata.

- En 1894 es destinado a Filipinas. Cuando llega el nuevo comandante de la base (Apostadero de Cavite), el 5 de Marzo de 1895, lo nombra su ayudante personal.



Apostadero de Cavite (Bahía de Manila)²

² Tomada de: <https://www.fundacionmuseonaval.com/Temporales/site-asia/la-coleccion-asiatica-del-museo-naval.html>



Lienzo Batalla de Cavite, de Ildefonso Sanz Doménech (1863-1937).

- En Mayo de 1886, se le destina al cañonero General Lezo, como segundo comandante.
- En abril de 1897 es ascendido a Teniente de Navío, aunque permanece en el Apostadero hasta terminar la guerra con Estados Unidos, momento en que es trasladado a la península.
- Al empezar el siglo solicita su pase a la reserva para ampliar sus estudios. Así terminó los de Ingeniero Industrial, especialidad Electricista, que cursa en Bélgica. Lamentablemente, el 24 de enero de 1908 le pasan a la situación de excedente forzoso.
- 1911. Se activa el Plan de Escuadra del Ministerio de Marina, liderado por el Almirante D. José Ferrándiz, en base al cual se reincorporaron varios oficiales que, como García de los Reyes, estaban excedentes forzosos.
- El 3 de septiembre de 1911 es destinado al crucero Infanta Isabel³. El buque desempeñaba funciones de cañonero⁴. Realizó la función de oficial de derrota⁵. En ese destino participa en la Guerra del Rif y realiza varios viajes a Guinea Ecuatorial.
- El 17 de febrero de 1915 la segunda Ley Miranda promueve la compra de submarinos a la vista de la eficacia demostrada en la I

³ Este navío fue el primero de su clase, construido en España en acero.

⁴ El término “cañonero” es algo impreciso. En origen, se refería a un barco de pequeño tamaño equipado con uno o varios cañones y de cierta ligereza. Su máxima eficacia se obtenía cuando, actuando varios cañoneros en grupo, hostigaban a una fragata. Evidentemente, un tiro certero de una fragata destrozaba al cañonero, pero sería difícil para la fragata acabar con todos los cañoneros antes de que la dañaran gravemente o incluso hundirla.

⁵ Para los no familiarizados con la terminología, podemos decir que la derrota es el camino a seguir por el barco. El Oficial de Derrota sería el responsable de garantizar que el barco pueda seguir el camino deseado.

Guerra Mundial. La ley autorizaba la adquisición de tres submarinos (tipo A) a los astilleros Spezia (Italia) y un cuarto que sería construido en EE.UU. (astilleros Fore River & Co), convirtiéndose en el primer submarino de la Armada Española. Fue bautizado con el nombre de Isaac Peral. Con este motivo, García de los Reyes es comisionado como supervisor de la construcción de los submarinos, lo que le permitió enterarse de todos los detalles constructivos, capacidades de maniobra, etc. que luego le permitiría dirigirlos con máxima eficacia.

- En 1917 se le nombra comandante del *Narciso Monturiol*, el primero de la clase A. Al ser el más antiguo y de mayor experiencia asumió el cargo de Jefe de la Escuadrilla de Submarinos. Las tripulaciones recibieron la formación adecuada en Italia, partiendo de los astilleros hasta el puerto de Tarragona, sin problemas, y de allí a Cartagena. Poco después llevaron a cabo un crucero por varios puertos para mostrar a la población la nueva arma. Sería el 5 de julio de 1919 cuando se le ascendería a capitán de fragata.

- Tras acumular destinos, ascensos y millas náuticas acabó dando la vuelta al mundo tras 20 meses a bordo de la corbeta *Nautilus*.

El Arma Submarina y Mateo García de los Reyes

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914, se produjo un hecho bélico que cambiaría las ideas del gobierno español respecto de los submarinos. A poco más de un mes y medio de conflicto, el submarino alemán, U-9, hundió tres cruceros británicos en un cuarto de hora de combate. EL enfrentamiento tuvo lugar frente al puerto de Hoek van Holland (Esquina de Holanda) en la costa occidental de Países Bajos.



Submarinos clase B junto al buque de apoyo Kanguro en Pasajes. 1922.

La noticia convenció al gobierno de Alfonso XIII de la conveniencia de equiparse con estas naves.

Reincorporado al servicio activo, como hemos dicho anteriormente, García de los Reyes fue nombrado jefe de la Flotilla por el ministro de Marina Miranda.

Nuestro protagonista se puso inmediatamente manos a la obra, en su función de supervisor de los trabajos de construcción de los submarinos. Tras cuidadoso estudio, recomendó la compra de los primeros submarinos de la Armada, decidiéndose por una unidad de clase Quincy en EE.UU. y "los trillizos", tres sumergibles italianos clase Fiat-Laurenti que entraron en servicio en septiembre de 1917.

En los años siguientes fue nombrado comandante de la Base Naval de Submarinos de Cartagena y director de la Escuela de Submarinos.

Debido a lo novedoso del arma dirigió en persona la primera acción de guerra de los submarinos españoles, que tuvo lugar el 22 de abril de 1922. La misión consistió en evacuar al personal civil del peñón de Vélez de la Gomera, sitiado por los rebeldes rifeños de Abd el-Krim.

Así fue acumulando nuevos cargos y méritos al mando del Arma Submarina hasta que Alfonso XIII le invitó a la política. En 1928 juró cargo como ministro de Marina en plena dictadura del general Primo de Rivera. A su caída, Mateo García de los Reyes fue destituido en 1930.

Triste final

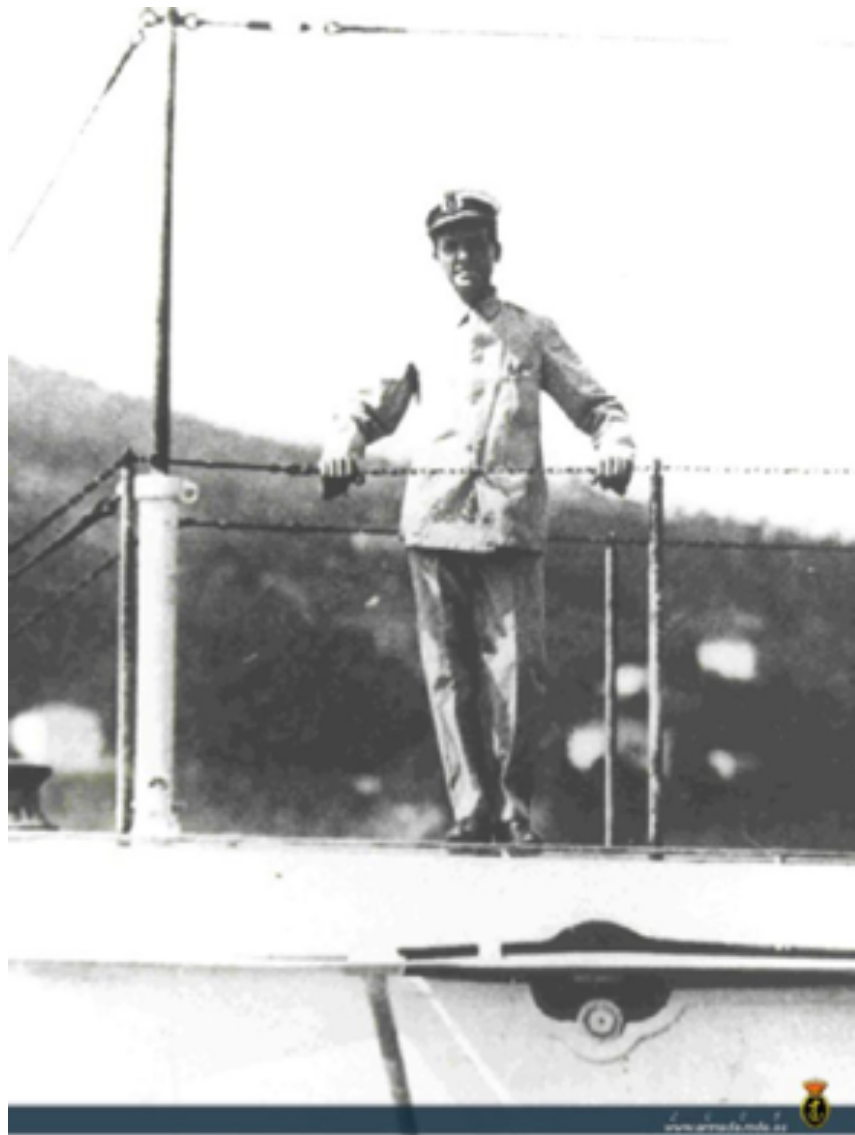
Desde entonces pasaría momentos complicados al ser retirado del servicio y condenado al destierro en Bilbao por una comisión de las Cortes de la Segunda República que buscaba esclarecer sus responsabilidades políticas en la guerra de Marruecos y en el golpe de Estado de Primo de Rivera.



Contraalmirante
Mateo García de los Reyes

En 1932 pudo regresar a Madrid, donde cuatro años más tarde le sorprendió el estallido de la Guerra Civil.

Fue encarcelado, en verano de 1936, en la cárcel de Porlier en Madrid. En la fatídica jornada del 24 de noviembre sería sacado de su celda junto a otros muchos reclusos, siendo fusilado junto al resto por un piquete formado por milicianos en las cercanías de Paracuellos del Jarama.



Capitán de Corbeta Mateo García de los Reyes

Referencias

- https://todoavante.es/index.php?title=Garcia_de_los_Reyes,_Mateo_Biografia#cite_note-0
- <https://dbe.rah.es/biografias/14249/mateo-garcia-de-los-reyes>
- <https://es-academic.com/dic.nsf/eswiki/787690>

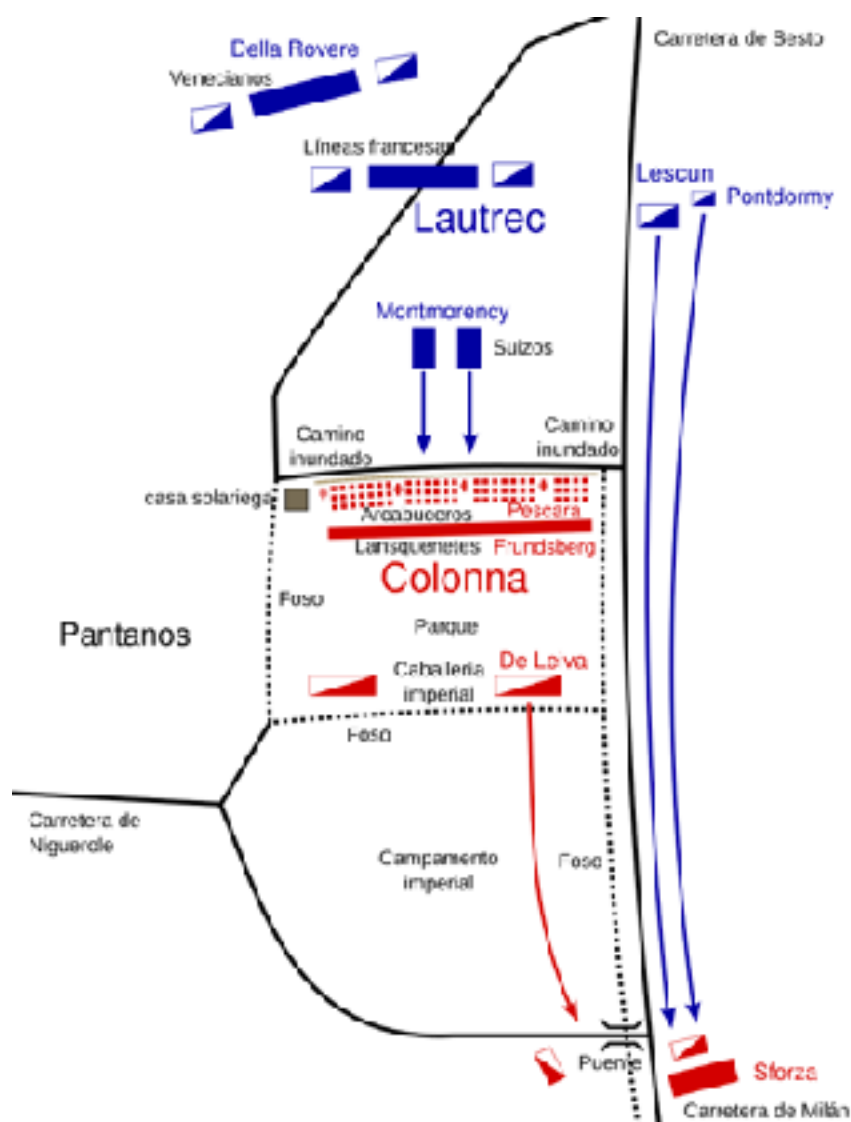
Los Tercios XIII

Hechos notables I

Bicoca (1522)

Antes incluso de la creación de los tercios, un nuevo estilo de combatir se había consagrado en el norte de Italia en las batallas de Bicoca y Pavía. La superioridad de las armas de fuego individuales, en especial el arcabuz, quedó manifestada en la batalla de Bicoca, población italiana al oeste de Milán, donde tuvo lugar un sangriento combate en abril de 1522, en el que los arcabuceros españoles destrozaron a los escuadrones de piqueros suizos, llamados también *esguízaros*.

El ejército francés, al mando del general Lautrec, se dirigía a Monza para intentar cortar el camino de Suiza al ejército hispano-alemán de Carlos I. Contaba entre sus tropas quince mil mercenarios suizos equipados con largas picas, agrupados en dos enormes cuadros de gran profundidad. El jefe de las tropas imperiales era el general Próspero Colonna, con cuatro mil arcabuceros españoles como fuerza principal de su ejército, que se colocaron apoyados por la artillería al lado de una carretera, detrás de un terraplén protegido por una empalizada. Los esguízaros avanzaron contra los imperiales y, a pesar de sufrir muchas bajas,

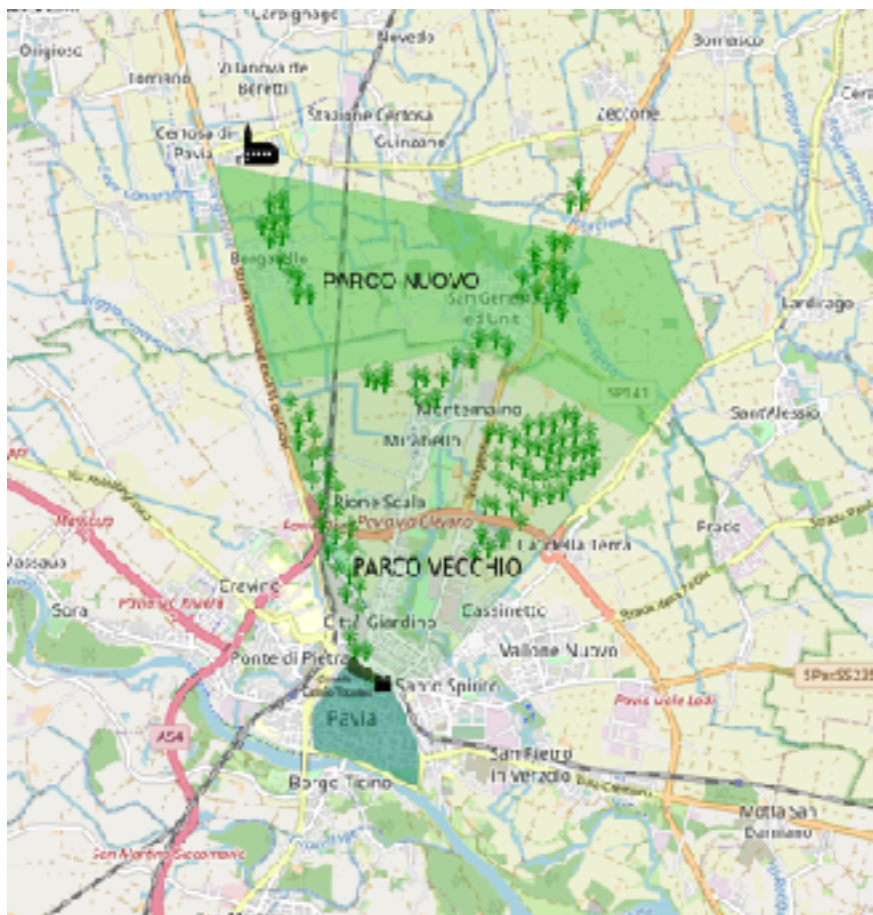


En azul, los movimientos franceses; en rojo, los imperiales.

traspasaron la carretera y se lanzaron contra el talud, pero en la subida se deshicieron frente al fuego mortífero de los arcabuceros, que disparaban incansables en filas sucesivas. Los suizos se retiraron después de perder veintidós capitanes y tres mil piqueros, sin que los españoles tuvieran alguna baja en la batalla. La infantería suiza perdió en Biboca ante la eficacia del arcabuz aquella supremacía que gozaba desde cien años atrás en los campos de batalla europeos. La facilidad con la que los españoles se alzaron con la victoria hizo que la palabra *bicoca* pasara a los vocabularios español y francés con el sinónimo de ganga, cosa que se adquiere a bajo precio o con poco trabajo.

Pavía (1525)

La infantería equipada con armas de fuego sería la dueña del campo de batalla durante siglos, hecho que quedó demostrado en Pavía, el 24 de febrero de 1525. Unos meses antes, en octubre de 1524, el rey francés Francisco I había atravesado los Alpes al frente de un gran ejército para ocupar el Milanésado. Las tropas imperiales, en inferioridad de condiciones, se replegaron a Lodi, dejando en la ciudad fortificada de Pavía una guarnición de dos mil españoles y cinco mil alemanes al mando del navarro Antonio de Leyva, un veterano de las campañas del Gran Capitán, que se aprestó para resistir en esa plaza el asalto de los treinta y seis mil hombres del ejército francés.



Lugar del desarrollo de la batalla.

La tenaz defensa de Leyva hizo posible que los imperiales recibieran refuerzos de Alemania y Austria. A mediados de enero de 1525, con un mal tiempo que dificultaba mucho los movimientos de tropas, el ejército imperial acudió en socorro de los defensores de Pavía. Eran cuatro mil españoles, diez mil alemanes, tres mil italianos de infantería, más dos mil jinetes y dieciséis piezas de artillería, que se enfrentaban a un número similar de fuerzas, no solo francesas sino también suizas, italianas y alemanas, más cincuenta y tres cañones y un gran contingente de caballería pesada (acorazada).

El monarca francés, que tiene a su ejército protegido por una doble línea de fortificaciones (una rodeando la ciudad y otra haciendo frente a los imperiales), decide esperar el ataque. Sabe que los imperiales andan escasos de dinero y víveres, y da por hecho que los sitiados,



Carlos I visita a Francisco I después de la batalla de Pavía, por Richard Bonington (acuarela sobre papel de 1827).

hambrientos, se rendirán pronto. En esta tesitura, algunos aconsejan retirarse a Milán al marqués de Pescara, jefe del ejército imperial, pero este decide el ataque después de arengar a sus hombres: "Hijos míos - dice -, todo el poder del emperador no basta para darnos mañana un solo pan. El único sitio donde podemos encontrarlo en abundancia es en el campamento de los franceses".

La noche del 23 al 24 de febrero, Pescara envió varias compañías de soldados "encamisados" (así llamados por llevar camisas blancas sobre la armadura que les permitieran reconocerse en los combates nocturnos) para abrir brecha en los muros de las defensas francesas. Por ahí se lanzó el ejército de Pescara, que arremetió contra la línea enemiga en orden oblicuo, una táctica consistente en chocar contra el enemigo no frontalmente sino en ángulo, lo que permite al atacante hacer presión sobre un único punto, evitando el envolvimiento y dejando al resto de la tropa adversaria alejada del lugar principal de la acción.

Convencido de su superioridad, Francisco I abandona sus desbordadas posiciones defensivas y sale al encuentro de los imperiales al frente de su caballería pesada, con jinetes totalmente cubiertos de centelleantes armaduras sobre corceles prácticamente acorazados.

El brioso contraataque francés desbarata a la caballería del emperador Carlos I, y Francisco I da por ganado el encuentro, pero, por desgracia para él, la batalla no había terminado. Pescara concentra a mil quinientos arcabuceros en un bosque próximo que abren un fuego devastador sobre la caballería pesada francesa, mientras pequeños destacamentos de infantería acometen a los jinetes caídos y los van rematando sobre el terreno. En ese momento crítico, Antonio de Leyva sale de Pavía con cinco mil hombres y cae sobre el flanco enemigo, arrollando a la infantería francesa e italiana. Leyva realizó esta salida a pesar de que estaba tan enfermo ese día que hubo de ser llevado al combate en silla de manos. Entretanto, la caballería imperial que mandan Lannoy y el condestable de Borbón se rehace y acaba con los restos de la caballería francesa, mientras los lansquenets imperiales se lanzan contra la artillería francesa, y el grueso de la infantería española

carga contra los suizos que, muy castigados por los tiros de la arcabucería, vuelven la espalda y emprenden la fuga, algo insólito en una tropa famosa por su dureza y tenacidad. Pero los imperiales no dan tregua y emprenden la persecución hasta las orillas del cercano río Tessino, donde perecen muchos de los que huyen. La derrota francesa es aplastante. Más de diez mil muertos y tres mil suizos prisioneros, que fueron puestos en libertad a condición de no volver a combatir contra Carlos I. El rey Francisco I es capturado después de que un arcabucero le matara el caballo, y será trasladado cautivo a Madrid. Las pérdidas imperiales no superaron los quinientos hombres contando muertos y heridos, entre estos últimos el propio marqués de Pescara, que recibió tres heridas.

El factor decisivo de esta batalla, que muchos consideran el verdadero bautismo de fuego del sistema táctico de los tercios, aunque oficialmente estos aun no habían sido creados, fue el arcabucero español. Rompiendo con las normas tradicionales del combate de la época, los arcabuceros actuaron con una movilidad y concentración de fuego sorprendentes en campo abierto, y aniquilaron a la que estaba considerada la mejor caballería de entonces (la francesa) y a la mejor infantería (los piqueros suizos).



Captura del rey Francisco I en la batalla de Pavía, por Jan Eramus Quellinus (1681), Kunsthistorisches Museum.

La toma de La Goleta y Túnez (1535)

La lucha contra los turcos constituía la mayor preocupación de Carlos I. Tras haber ocupado la isla de Rodas y apoderarse de Hungría, los ejércitos otomanos estuvieron a punto de tomar Viena, salvada gracias a la oportuna llegada de refuerzos españoles. Decidido a asestar un duro golpe al poder turco en el Mediterráneo, Carlos I emprende la campaña para conquistar Túnez, y con una gran escuadra desembarca en junio de 1535 con los tercios españoles en la antigua Cartago. Bajo



un sol abrasador, los imperiales ponen cerco a la fortaleza de La Goleta, que es la llave de la ciudad y del puerto de Túnez. El 14 de julio cae La Goleta y con ella más de trescientos cañones, muchos de ellos procedentes de Francia, además de unas cuarenta galeras y muchas naves pequeñas. Las primeras banderas que entraron en la fortaleza fueron las de los capitanes Hernando de Vargas y Alonso Carrillo. El

ejército, dirigido por el propio Carlos I, que en ocasiones combatió como un soldado más, continuó avanzando hacia Túnez. En vanguardia van los tercios (cuatro mil veteranos de Pavía y Nápoles), y en segunda línea diez mil infantes recién reclutados al mando del duque de Alba. La marcha resultó terrible por el calor y la escasez de agua, y se produjeron muchas bajas por los continuos ataques del ejército turco que mandaba Barbarroja, jefe de la flota del sultán. El 21 de julio se asalta la ciudad, y aprovechando la confusión consiguen escapar cinco mil cautivos cristianos que cooperan con el ejército atacante. Los tercios entraron en la ciudad con el emperador al frente mientras Barbarroja salía huyendo. En La Goleta quedaron de guarnición cuatro compañías españolas, y otras cuatro en la cercana ciudad de Bona, al mando de don Bernardido de Mendoza. Carlos I, emocionado por el valor que sus soldados derrocharon en la campaña, premió sobre el mismo campo de batalla a los que más se habían distinguido.

Castelnuovo (1539)

Castelnuovo, actual Herzeg Novi (Montenegro), sobre el Adriático y no lejos de Dubrovnik, fue ocupada por los españoles en 1538, como secuela de la Santa Liga promovida por Carlos I contra los turcos, de la que formaban parte Venecia, el papado y el Imperio. Venecia reclamaba la plaza, que estaba guarnecida por un tercio de tres mil españoles mandados por Francisco Sarmiento. Al deshacerse la Santa Liga, Castelnuovo quedó aislada, ya que los venecianos nada hicieron por abastecerla. Barbarroja la atacó en el verano de 1539 con una gran flota de



galeras y cincuenta mil hombres. Los turcos ofrecieron a la guarnición una rendición honrosa, pero los sitiados les desafiaron a “venir cuando quisieran”. Tras fracasar en los primeros asaltos, Barbarroja empleó a fondo su artillería, que terminó arrasando las defensas de la plaza. Los últimos seiscientos defensores se batieron a espada contra todo el ejército otomano, y sólo hubieron doscientos supervivientes, que fueron hechos prisioneros. La gesta impresionó a toda Europa y el hecho heroico fue cantado por muchos poetas de aquel tiempo, aunque hoy día pocos españoles (amnésicos de su propia historia) la recuerden.

Mühlberg (1547)

La guerra del emperador Carlos I contra la liga protestante de Smakalda, en la que figuraban muchos príncipes alemanes, culminó en la batalla de Mühlberg (1547), que supuso una resonante victoria para el bando católico imperial. Los protestantes de la Liga, mandados por el elector de Sajonia Juan Federico, y el landgrave de Hesse, concentraron un ejército de ochenta y cinco mil infantes y jinetes, con ciento quince piezas de artillería. Las tropas del emperador Carlos estaban compuestas por ocho mil veteranos de los tercios españoles, mandados por el duque de Alba, más dieciséis mil lansquenets alemanes, diez mil



Carlos I en la batalla de Mühlberg, por Tiziano (1548).

infantes italianos y otros diez mil flamencos. A estos se añadían siete mil combatientes de caballería.

El ejército protestante estaba acampado en una orilla del Elba, en las proximidades de la villa de Mühlberg y, habiendo destruido los puentes que comunicaban con la otra orilla se consideraban seguros protegidos por la caudalosa corriente del río, pero no contaron con la audacia de la infantería española. Amparados en la oscuridad y la bruma, la noche del 24 de abril, un pequeño grupo de arcabuceros españoles cruzó el Elba a nado, y con las espadas en la boca consiguieron ganar la otra orilla y sorprender al enemigo. El cronista Fray Prudencio de Sandoval lo relata diciendo: "...súbitamente, se desnudaron diez arcabuceros españoles y se echaron al agua. Nadando, con las espadas entre los dientes, llegaron a dos tercios de las barcas que el enemigo se llevaba río abajo... y tirándoles al adversario desde la ribera, las ganaron, matando a los de dentro, y las trajeron".

Este golpe de mano hizo posible que un millar de infantes de los tercios pasaran en barca al otro lado y estableciera una cabeza de puente que se consolidó cuando cruzó el grueso de la fuerza imperial, que aniquiló al ejército de la Liga protestante. Tras la batalla, Carlos I hizo venir a su presencia a los primeros soldados que habían cruzado a nado el Elba, y recompensó a cada uno de ellos con una vestimenta de terciopelo de grana guarnecida de oro y plata y cien ducados.

San Quintín (1556)

En 1556, a poco de comenzar su reinado, Felipe II firmó con el rey de Francia (Enrique II) la tregua de Vaucelles, que al romperse desencadenó una nueva guerra que tuvo como escenario el territorio francés fronterizo con Flandes. Manuel Filiberto, duque de Saboya, apodado *Cabeza de hierro*, fue nombrado jefe del ejército hispano, reforzado por diez mil ingleses mandados por lord Pembroke, a instancias de Felipe II, que en ese momento era también rey consorte de Inglaterra por su matrimonio con María Tudor. El duque de Saboya tomó la iniciativa, invadió Picardía y puso cerco a la plaza de San Quintín, en la parte francesa de la frontera con Flandes, una ciudad es-



tratégicamente valiosa cuya posesión aseguraba el camino hacia París. Antes de emprender la operación de cerco, las fuerzas españolas lanzaron con éxito una maniobra de diversión en Marienburg para atraer allí al ejército francés. Poco después los españoles cayeron sobre San Quintín, donde sin embargo consiguió entrar refuerzos el almirante Coligny, gobernador de Picardía, mientras la plaza esperaba aún más ayuda del condestable Montmorency. Este acudió a socorrerla con un ejército de veintiocho mil soldados, que incluía tropas alemanas y tres mil jinetes, muchos de ellos príncipes, condes, barones, grandes señores y gentilhombres.

El duque de Saboya salió al encuentro de Montmorency y chocaron ambas caballerías, pero la hispana, mandada por el conde de Egmont, llevó la mejor parte al embestir de flanco a la infantería francesa, mal desplegada, y obtuvo una victoria completa el 10 de agosto de 1557, festividad de san Lorenzo. De haberse prolongado la persecución a los vencidos, hubiera perecido todo el ejército francés,

pero Filiberto de Saboya frenó a su caballería. Aún así, dos terceras partes de la infantería francesa y más de la mitad de la caballería quedaron aniquiladas. Se cuenta que cuando Carlos I, que estaba retirado en el monasterio de Yuste, se enteró de la noticia, exclamó: “¡Ya está mi hijo el rey en París!”. Se equivocaba, porque el “el rey prudente”, que llegó al lugar de la batalla cuatro días después, no quiso explotar la victoria avanzando hacia la capital francesa. Una decisión que la mayoría de sus capitanes criticaron.



Monumento en el campo de batalla.

Soldados de los Tercios I

Tras las grandes campañas de los tercios en los siglos XVI y XVII se esconden las historias vitales de los miles de soldados cuyo sacrificio hizo posible la hegemonía europea de los Austrias españoles. Aquí se quiere aproximar al lector a la vertiente humana de la historia de los ejércitos de la Monarquía Hispánica y trazar un recorrido meticuloso a través de la vida de los soldados del rey, desde su alistamiento en las banderas de los tercios hasta su retiro, pasando por una azarosa vida diaria jalonada por ocasionales momentos de ocio, las experiencias que podían vivir en combate, los motines y las expectativas de ascenso y promoción social aparejadas a la profesión militar, sin descuidar aspectos clave como la impronta de la religión en su mentalidad, la imagen de bravuconería que la literatura nos ha transmitido acerca de estos hombres y las trayectorias no menos fascinantes de las mujeres que marcharon junto a los ejércitos a través del teatro de Marte europeo. El resultado será un fresco completo y diverso que revela con viveza y calado el rostro humano de la guerra en un periodo histórico fascinante.

La muy ilustre y valerosa infantería española

El mariscal Montgomery, sin duda un gran conocedor en materia de hombres de guerra, escribió que "hasta, por lo menos 1600, la infantería española demostró ser la mejor de Europa; su confianza en sí misma y su pericia en las tácticas convencionales de la época eran extraordinarias". Se puede cuestionar la fecha que menciona, que seguramente habría que ampliar en varios decenios, pero las breves líneas tienen la virtud de resumir las claves de la excelencia de esas tropas.

De un lado, su superioridad moral, anclada en una abrumadora conciencia de su propia valía. De otro, su utilización de elementos y técnicas muy adelantados para aquellos tiempos.

Era tal la sensación que tenían de su propia importancia que, con asombroso desparpajo, se atrevían a creer, según Núñez Alba, que

Carlos I era “digno de tales soldados, y tales soldados de tal rey”; de esa forma, una pica seca —el puesto más humilde en las filas de un tercio— se comparaba con el hombre más poderoso de Occidente. Por otro lado, eran conscientes de que constituían “el nervio, fuerza y seguridad de todos los reinos, autoridad y reputación de Su Majestad”. En estas condiciones, nada extraña que les pareciera normal que Escalante hablara de ellos como “los muy ilustres señores de la infantería española”.

Claro está que la mayoría, por su origen, no tenía derecho a tantas ínfulas, porque “por dos cosas sale el hombre de su patria para ser soldado, las cuales son o por natural inclinación a las armas o por ser pobre y no tener patrimonio de qué vivir”.

De ahí que en aquellas unidades se distinguían, como en cualquier colectividad, tres tipos humanos: “los maltrapillos o picaros, los ordinarios y los particulares”. Estos últimos, “que honran a la compañía”, se designaban así a veces por su cuna, pero, sobre todo, por sus méritos personales.

En cualquier caso, esas distinciones quedaban eclipsadas ante un hecho fundamental: todos los soldados “admitidos y asentados en los libros del rey, son tenidos por honrados”; es más, se les considera-



ba, automáticamente, “profesores de honra”. Hasta el puntilloso Jiménez de Urrea reconocía que “el soldado se puede igualar con el caballero y tenerse por verdadero noble”.

Así lo creían los interesados, de manera que “no hay cosa alguna de que el español reciba más disgusto ni sienta más que la mala palabra”; por eso, los hombres “no solamente no deben ser maltratados, más se les debe guardar el respeto” y “conviene mucho a los capitanes ser corteses y bien hablados” con ellos. Si había que sancionarles, se recomendaba hacerlo “con la espada, sin que los estropee”, afirma Eguiluz. Solo el acero era digno de tocarlos, pensaban.

Poseídos de su propia importancia, “no se pueden pasar sin servicio” y se recomendaba que no hubiera menos de treinta criados por cada trescientas plazas. El mismo móvil hacía que “cuando a Flandes llegaba un español bisoño, lo encerraban los camaradas algunos días, hasta que le enseñaban cómo había de portarse en todo, con que, en saliendo, parecía veterano” y no avergonzaba a su unidad. Eran tales las exigencias de su profesión, que se veían con malos ojos los matrimonios de los soldados “si no es teniendo una mujer muy fea”, dice con sorna Pedro de la Puente, lo que evitaría celos y reyertas.

Quizá se podría puntualizar que de los tercios se esperaba “un valor con espera”, frío, sin “enojo” ni “impaciencia”, no arrebatos suicidas.

Por eso, y en contra de la leyenda, de Rocroi no se aplaudió una defensa hasta el aniquilamiento, que no llegó a producirse, sino tan extremada que los franceses ofrecieron, con “agasajos”, una generosa capitulación que salvó para el rey cientos de vida irremplazables. Un asombroso palmarés de victorias por tierra y mar, en las más diversas latitudes y contra adversarios de toda laya, apuntalaban una reputación, “la base fundamental del ejercicio de las armas”, que trascendía fronteras y engendraba “una honrada vanidad” que, con frecuencia, se percibía, no sin cierta razón, como insoportable soberbia.

Como se ha dicho más arriba, esta confianza en sí mismos era producto, entre otros factores, de la magnífica organización, acrisolada en mil combates, que eran los tercios.



Resulta paradójico que hasta muy recientemente, y a pesar de que los hechos demostraban lo contrario, autores extranjeros hayan criticado esa estructura modélica, por considerarla pesada, monolítica y rígida, cuando, en realidad, se distinguía por todo lo contrario.

Estaba articulada, en efecto, de manera que las tres armas de la época para la infantería –picas, arcabuces y mosquetes– se combinaban hasta en la unidad más elemental, la compañía, lo que daba una extraordinaria facilidad para generar fuerzas a la medida de las más variadas misiones, lo que luego se llamarían *task forces*.

Por otro lado, desde un principio, los españoles desarrollaron una gran afición por los arcabuces, de forma que “de ordinario, en la infantería española hay más arcabucería que piquería”, de manera que entre nueve mil hombres apenas había mil quinientas picas. Así pues, los tercios dispusieron de una elevada capacidad de fuego, lo que supuso un decisivo elemento de modernidad. Lo descubrió, a su pesar, la flor de la altiva nobleza de Francia, derribada en Pavía de sus briosos trotones por un puñado de arcabuceros analfabetos, mal afeitados. Ya en 1571, Francisco de Valdés, anunciando el porvenir, opinaba de la arcabucería que “con solo ella muchas veces se ha alcanzado victoria”.

También se ha acusado a los tercios por sus formaciones en escuadrones excesivamente masivos. Pero ello implica desconocer que estos experimentaron un proceso de adelgazamiento, exigido por la creciente importancia de las armas de fuego, pero también por la idiosincrasia de los soldados, siempre ansiosos por ocupar la primera línea, hasta el punto de que una sanción para el que estaba mal armado era prohibirle ocupar puesto en ella.

De los diversos tipos de escuadrón, el que mejor satisfacía la condición de poner en vanguardia más hombres era el llamado “de gran frente” y así, un curtido veterano como Dávila Orejón podía escribir en 1669 que “en treinta dos años que ha que servimos a Su Majestad, en ninguno de sus ejércitos hemos visto formar ninguno de estos escuadrones (refiriéndose a los de otras clases), sino solo los ordinarios, con el fondo de nueve a cinco”, en alusión a los de gran frente, que, desde al menos ochenta años antes, se estimaba que eran los que “se deben usar más entre españoles”. En 1690, próximo el fin de los tercios, se manifestaba que, “por lo general”, se formaban “todos de cinco de fondo”, porque “la experiencia enseña que, rotas las primeras cinco hileras, es todo confusión”.

Queda claro, pues, que esas grandes formaciones fueron desapareciendo con el tiempo en la infantería española, aunque, al parecer, fuera otro el caso de los ejércitos imperiales, en teoría formados “a la española”.

También se ha señalado como aspectos obsoletos de los tercios su bajo número de oficiales y su desconocimiento de tácticas avanzadas, como el fuego ordenado y detalles como mantener un paso acompasado.

Con respecto a lo primero, es notable el caso del segundo jefe de la unidad, el sargento mayor. Pasó de ser un alférez ascendido a un antiguo capitán; de tener, y no siempre, un ayudante, a disponer de dos, más dos sobresalientes, alféreces seleccionados. Por otro lado, el número de banderas que se llevaba a combate, que inicialmente eran las de todas las compañías, se redujo a un máximo de dos –como apunta Pozuelo, la de la compañía del maestro de campo y la del

capitán más antiguo—, lo que liberó a los demás alféreces, que dejaron de ser simples portadores de las enseñas en batalla para ejercer funciones de mando.

A la vez, fruto de disoluciones de tercios, creció el número oficiales “reformados” que, vertebrando las unidades, eran “en el ejército los que sustentan y dan muchas veces la victoria”, sentenciaba Aytona, merced a su veteranía y a su prestigio, aunque, sobre el papel, no pudieran dar órdenes directas.

De todas esas formas, aumentaron, de hecho, los cuadros de la infantería.

En cuanto a la organización del fuego, quizá sea suficiente apuntar que, por ejemplo, entre otros muchos, en 1632 Pérez de Xea enumera y describe hasta siete formas distintas de mantener un fuego sostenido mediante relevos de tiradores. Con respecto al paso, Isaba, en 1594, habla de “marchar con pasos concertados”; Scarrión de Pavía, cuatro años después, de “mover el paso todos los de la hilera en un mismo tiempo”; Argensola afirma en 1608 que “nuestros soldados suelen mover los pasos al compás del tambor” y Barroso, en 1628, alude al caminar “a un tiempo y compás”.

En suma, pues, parece que las halagadoras frases del ilustre mariscal con las que empiezan estas notas describen con precisión los méritos de esas inimitables unidades, que se supieron ganar, con su sangre, un puesto de primer orden en la historia militar. Lo pagaron, por supuesto; José Luis Casado Soto y Geoffrey Parker han calculado que, de 17.400 españoles que fueron a los Países Bajos entre 1582 y 1585, en 1586 solo 5.845 seguían en filas. Naturalmente, esa cifra incluye desertiones, pero la mayoría de las bajas fue por el fuego, el acero y las enfermedades. Son datos terribles, el precio de la reputación, “la base fundamental del ejercicio de las armas”. Es probable que, con su “honrada vanidad” —poco distante de la altiva soberbia—, los viejos tercios consideraran que era un precio bien pagado.

NOTICIAS

Fuerzas Armadas

Las Fuerzas Armadas españolas superan la cifra de 3.000 militares ucranianos instruidos en España en Burgos

La formación se dirige y coordina desde el Toledo Training Coordination Center (TTCC) a través de diferentes módulos impartidos en varias localidades españolas

España sigue cumpliendo firmemente con el compromiso



adquirido con la Unión Europea de preparar a militares ucranianos en diferentes capacidades de combate, logrando superar la cifra de 3000 militares ucranianos adiestrados.

Esta instrucción es realizada en España desde noviembre de 2022 en el marco de la misión EUMAM UA (European Union Military Assistance Mission - Ukraine) donde el TTCC la dirige y coordina desde su Cuartel General ubicado en Burgos.

Por una parte, esta tarea de adiestramiento a los militares ucranianos es realizada por la Unidad de Formación de Combate

(UFC), de carácter permanente y ubicada en Toledo, y por otra, a través de diferentes módulos de formación específicos repartidos por el resto de la geografía nacional.

Desde el inicio de la misión, militares españoles de los tres Ejércitos han instruido a sus homólogos ucranianos y seguirán haciéndolo en módulos específicos.

Por parte del Ejército de Tierra se han impartido los cursos de Formación Básica, Mantenimiento de vehículo Transporte Oruga Acorazado, Tripulante de Carro de Combate Leopard, Atención Sanitaria a Bajas en Combate, Contra Artefactos Explosivos Improvisados, Operaciones de Asalto en Bosque, Zapador de Combate, Curso de Combate Avanzado, Formación de Suboficiales, Desminado, Planeamiento de Operaciones, Operaciones Militares en Terreno Urbano, Misil Antiaéreo HAWK, Dotaciones de Obuses 105/14, Observador Avanzado de Artillería, Análisis Geoespacial y Ciberdefensa.

La Armada, por su parte, ha sido instructor de los cursos de Formación Básica y Planeamiento de Operaciones.

El Ejército del Aire y del Espacio ha impartido los cursos de Conducción de Apoyo Aéreo y Misil Antiaéreo Aspide.

Una vez superada la cifra de tres millares de militares ucranianos instruidos, las Fuerzas Armadas españolas continuarán con el compromiso de seguir formando a personal ucraniano durante el próximo año 2024.



NOTICIAS

Fuerzas Armadas

Margarita Robles felicita a la Guardia Real la víspera de la Pascua Militar

La ministra de Defensa, Margarita Robles, se desplazó esta mañana al Palacio Real para felicitar la Pascua Militar a la Guardia Real, que prepara el acto solemne de mañana, y les ha agradecido “el trabajo que hacen todos los días del año, dejando muy alto el pabellón de España, y de la Corona, que es tan importante para los españoles”.

La titular de Defensa se ha referido a la “dedicación, rigor y tantísima profesionalidad” de una unidad a la que ha instado a sentirse orgullosos de su trabajo, y “del uniforme que llevan, que es algo muy importante” porque “es un uniforme que uno lleva no solamente puesto, sino también en el corazón”.

Margarita Robles les ha deseado “una magnífica Pascua Militar y lo mejor para este nuevo año, para ustedes y para sus familias”.



NOTICIAS

AUMRFAE-RR.TT.



Un año más, la Delegación de Andalucía de la AUMRFAE-RRTT acude en Sevilla a la invitación del día de la Antigua, Soberana y Militar Orden de San Andrés de Jerusalén y San Michel de Clermont.

En Sanlúcar la Mayor, en la Parroquia de Santa María.



